

DOLER ES UN LOGRO COLECTIVO

Terapia narrativa de la dignidad para responder al
«trauma»

Ítalo Latorre-Gentoso

DOLER ES UN LOGRO COLECTIVO

Terapia narrativa de la dignidad para responder al «trauma»

Ítalo Latorre-Gentoso

© Ítalo Latorre-Gentoso, 2026

© Pranas Chile Ediciones, 2026

Todos los derechos reservados.

Doler, dueñidad y abuso: cuando el
patriarcado secuestra la potencia
subversiva de responder

Si le seguimos llamando «ego» a la prepotencia, dificultaremos la denuncia de los abusos y sus fundamentos.
(ÍLG)

No hablo de una ontología del abusador ni de sujetos capturados por completo. Hablo de tecnologías patriarcales que intentan reclutar la potencia de responder y orientarla hacia la posesión, el control, la humillación, la soberanía y la dueñidad. El trabajo terapéutico con hombres que ejercen abuso busca interferir esa captura para que puedan doler por el daño que hicieron y moverse hacia rendición de cuentas, restitución y garantías de no repetición.

El trabajo con quienes ejercen abuso es un trabajo con perspectiva de género que está profundamente comprometido con la erradicación de la violencia ejercida por las masculinidades o por la construcción de las masculinidades. Desde mi punto de vista, nunca vamos a poder erradicar este tipo de abuso si quienes lo ejercen no dejan de ejercerlo. Es una lógica simple, pero radical. No podemos solamente trabajar con quienes resisten, sobreviven o responden a estas violencias. Necesitamos también trabajar con quienes las ejercen para que dejen de ejercerlas. Así de simple y así de radical. En ese sentido, este trabajo no es una concesión a los hombres ni una relativización del daño que producen. Es parte de una respuesta feminista al problema, porque se toma en serio la pregunta por cómo interferir la reproducción del abuso de poder.

Como ya he desarrollado en capítulos anteriores, el poder hegemónico no puede operar solo. Necesita soldados. La capacidad de agencia que implica el acto de doler como potencia gaudendi es requerida para el control social, el disciplinamiento y la normalización de las vidas y de los cuerpos. El discernimiento de la injusticia, la humillación y otros ejercicios abusivos del poder es secuestrado por la hegemonía mediante marcos de inteligibilidad, esto es, relatos y estructuras que producen subjetividad y que argumentan que el malestar de quienes están en posiciones de ventaja, y que además tienen el deber de

sostener esa ventaja, es producido por quienes están en desventaja. Mujeres cis, personas racializadas, disidencias, niñeces, gente precarizada económicamente.

Esto para mí es muy importante. El patriarcado no inventa desde cero la necesidad de dignidad, de pertenencia o de valía. No produce desde cero la potencia de agencia. Lo que hace es secuestrarla. En el nombre de esa sensación legítima de resguardo de la dignidad construye una versión patriarcal de la dignidad o de la valía. Primero te construye como hombre y luego te dice que tu valor, tu pertenencia y tu dignidad dependen de poseer muchas mujeres, de tener control sobre tu familia, de ser dominante, de no ser humillado por otros hombres, de imponer tu soberanía y de sostener una posición de ventaja.

El doler hegemónico nunca es un doler solo hegemónico. Siempre debiera poder encontrarse en él algún trazo de doler subversivo, aunque a veces esté prácticamente invisible. Y esa es justamente la puerta de entrada para las conversaciones en terapia. Si un hombre, incluso un hombre blanco, heterocis, de extrema derecha, duele porque su padre lo ha humillado toda la vida y siente que no da el ancho para ese padre, hay allí un doler que está siendo secuestrado por la maquinaria patriarcal, sí, pero al mismo tiempo hay una relación de poder discernida, hay una experiencia de desventaja, hay algo que protesta, algo que no se acomoda del todo, algo que duele porque una relación de humillación se está viviendo como injusta. Eso no lo absuelve de nada. No le quita responsabilidad. No transforma automáticamente su doler en justicia. Pero sí nos dice que hay un trazo ético que puede ser escuchado, enriquecido y trabajado. Si no tuviéramos la convicción de que esa grieta existe, no podríamos hacer terapia.

Así, la protesta, la queja o el doler vinculado a que se está poniendo en duda o en cuestión la valía personal es derivado hacia explicaciones misóginas, adultocéntricas, racistas, nacionalistas, aporofóbicas, heteronormadas. Y eso produce acciones abusivas del poder. Produce intentos desesperados por recuperar el control, por recuperar la soberanía o al menos la sensación de esta, que nunca en realidad existió. Y entonces se involucran en prácticas de abuso de poder, de violencia física, de abuso de la fuerza, de humillación, de control

coactivo o coercitivo, de castigo y de toda esta serie de prácticas que conocemos como violencia de género, pero también como abuso en la organización de las familias, en las jerarquías del deseo, del amor, de las parejas. Todas estas acciones suelen ser justificadas desde la posición de quien se siente víctima del abuso, de quien cree tener derecho a recuperar su sitio, su lugar de macho alfa o de persona más digna que otras. Es la inversión victimizante de la que hablé antes, ahora encarnada en quien ejerce el abuso, sintiéndose el agraviado mientras agravia.

Estas acciones no son aisladas, incluso cuando se ejercen de manera individual. Ya existe todo un aparataje, una estructura, un entramado, que es el mismo que produce esta violencia y este abuso, destinado a corroborarlo, a abrazarlo y a justificarlo. Las políticas de Estado, las leyes, las prácticas de jueces, policías, iglesias, medios de comunicación, a veces de manera inadvertida y otras intencionada, cuidan y protegen lo que entienden como el legítimo derecho a la supremacía, como la superioridad natural de unos cuerpos por sobre otros, como la protección del hecho mismo de haber encarnado la jerarquía de los binarios que estructuran el mundo entre quienes valen y quienes no valen.

Acá hablaré del trabajo con hombres que ejercen abuso. No porque piense de manera ilusa que el abuso solo es ejercido por hombres heterocis, hemos visto en distintas posiciones de poder a mujeres como Lucía Hiriart o Margaret Thatcher ejercer abusos desde plataformas gigantes de poder, sino porque el hombre heterocis es el cuerpo que está mandado a ejercer estas prácticas. Se espera de estas personas que ejerzan este tipo de control. Estas prácticas producen esa masculinidad y producen a la persona como alguien legítimo dentro de ese orden. Incluso producen el deseo de otros cuerpos, que también han sido entrenados en desear este tipo de cuerpos, y eso retroalimenta esta producción. Cuando trabajo con mamás que ejercen abuso versus papás que ejercen abuso con sus hijos, los cuerpos maternos suelen estar inscritos en discursos y prácticas de culpabilización y avergonzamiento muy distintas. Eres mala madre, no tienes instinto maternal, cómo le haces eso a tus hijos. Un entramado de prácticas y tecnologías que sitúa a esos cuerpos en otro lugar

frente a su propio ejercicio abusivo del poder. En cambio, en los hombres heterocis el entramado suele ser el de esto es lo que te hace hombre, esto es lo que te produce como el ser con valor que debieras ser, aunque siempre, por un motivo u otro, estés en falta.

Tampoco hablaré aquí del trabajo con los arquitectos, me refiero a quienes están en los lugares más formales y tradicionales de producción del protocolo patriarcal del silenciamiento, me refiero a jueces, ministros, presidentes, dictadores, arzobispos y otras figuras semejantes. No porque no formen parte del problema, sino precisamente porque forman parte de él de una manera distinta. Yo trabajo con hombres que reproducen y encarnan esos marcos, incluidos hombres que han violado, matado mujeres, humillado, ejercido control coactivo o coercitivo y otras violencias gravísimas. Pero la complejidad política de trabajar con un dictador, ministro, juez, arzobispo o cualquier gran arquitecto institucional de la dominación es distinta. Nuestro posicionamiento como terapeutas cambia. Tenemos menos posibilidades de incidencia, más obstáculos y una complejidad política mayor. No porque el abuso ejercido por un padre obrero contra su familia tenga consecuencias menores, sino porque en ese trabajo suelen existir más grietas visibles y más trazos accesibles desde los cuales enriquecer relatos preferidos y escuchar expresiones de doler subversivo.

Este trabajo con quienes ejercen abuso no es equitativo para todos los cuerpos de quienes hacemos terapia. No es lo mismo que yo, un hombre de cuarenta y tantos años, de clase media, más o menos blanco, más o menos privilegiado en mi país e incluso en mi continente, trabaje con otros hombres situados en lugares parecidos políticamente hablando, a que lo haga una mujer heterocis, una disidencia sexual, una persona trans, una mujer muy joven o con una voz más suave, con una presencia más menuda, o un hombre racializado o inscrito en otra clase social más baja. La complejidad en este trabajo se vuelve mucho mayor para cuerpos minorizados. El entramado que se genera en la misma conversación terapéutica con hombres que ejercen abuso se hace más peligroso, más desafiante y más costoso para quienes están en desventaja frente a esos hombres. Esto es parte de una lucha feminista también, y me

parece completamente legítimo el reclamo de muchas mujeres y disidencias que deciden no trabajar con quienes ejercen abuso por la violencia que pueden vivir en ese contexto.

No digo con esto que las mujeres o las disidencias no puedan hacer este trabajo. Yo mismo, junto con Carolina, en Pranas, he entrenado a muchas mujeres para el trabajo con quienes ejercen abuso. Parte de este trabajo, de hecho, lo aprendí atestiguando el trabajo de una mujer, Carolyn Markey, en Australia, aunque siempre lo hacía acompañada de un hombre, en ese caso Chris Dolman. Lo que estoy diciendo es que me parece legítimo el cuidado, porque reconozco que la complejidad que yo vivo en este trabajo es menor a la que suelen vivir personas o cuerpos en desventaja en relación con quienes ejercen abuso.

A partir de aquí entran la historia de Juan y otras que permiten seguir pensando el trabajo con quienes ejercen abuso.

26. El abuso como fenómeno político

Distinguir violencia de abuso

Para este trabajo necesito distinguir violencia de abuso.

Solemos mostrar una serie de imágenes cuando enseñamos esta distinción en Pranas, aquí intentaré describirlas. Una muestra a un ministro de Salud en la pandemia, un señor bastante déspota, con los brazos cruzados, sin mirar, y frente a él un grupo de médicas mujeres protestando por las políticas que este señor impulsó. Estas mujeres están siendo agresivas, uno podría decir agresión. Y este señor no está haciendo nada, no le está pegando a nadie, no está escupiendo a nadie. Está con sus brazos cruzados, mirando al horizonte, como si las mujeres médicas no existieran. Las personas que están protestando no están ejerciendo abuso. Probablemente están usando algo de violencia, pero no es

abuso porque no hay una posición de poder desde la que puedan ejercer para beneficio propio en desmedro de este ministro. En cambio, este señor se puede cruzar de brazos y ni siquiera mirar. Ignorar, el silencio, la pasividad, el no mirar vendría a ser un abuso de poder. Quien está ejerciendo abuso aquí es el ministro.

Rocky Balboa con Apolo Creed. Ellos dos son amigos que se quieren muchísimo y esta es una pelea que tomaron como un desafío amistoso. Los dos pesan casi lo mismo, tienen prácticamente las mismas habilidades, tienen consentimiento de subir al ring, están jugando entre ellos. Esto es muy violento, hay violencia, hay agresividad, está la cosa explícita del golpe, pero no es abuso de poder. El box en este caso no es abuso de poder porque tienen un peso similar, porque hay consentimiento. Podemos no estar de acuerdo con la violencia que se ejerce en el box o con el tipo de deporte, pero no es abuso. Las carreras de perros galgos, por ejemplo, son abusivas. Es abuso animal. Los galgos no tienen por qué estar corriendo y después siendo abandonados. Quizás en el box sí hay abuso, pero no de los que golpean, sino de algunos managers que explotan a sus boxeadores. Y eso no es violento en términos de lo positivo, de la agresividad, de lo que se ve, de lo directo.

Un niño palestino está tirándole una piedra a un tanque. El tanque está con su cañón apuntando a otro lado. El abuso de poder aquí está claro. Lo abusivo y lo violento no son la misma cosa. La violencia puede ser resistencia al abuso. En este trabajo nos enfocamos en responder al abuso, no a la violencia, no a la autodefensa, no a la resistencia, sino al abuso.

Otra: un niño muy pequeño, muerto de miedo con sus brazos abrazando su propio cuerpo pequeño, escondiéndose. El soldado con un arma descansando en sus brazos no está en posición de ataque, está riéndose con algún otro soldado, están caminando, pero su sola presencia, todo lo que simboliza, todo lo que representa es abusivo del poder. Su presencia es abusiva para ese niño, es amenazante, genera miedo, genera incertidumbre, genera terror.

Considerando esto, entonces, el abuso puede ser expresado de diversas maneras. El abuso puede ser expresado con una burla, un silencio, una mirada, una presencia. La violencia puede ser resistencia al abuso.

Esta distinción es política y tiene consecuencias prácticas enormes. Cuando se habla de «violencia intrafamiliar» sin hacer esta distinción, se equiparan los gritos de una mujer desesperada que se defiende con los golpes sistemáticos de un hombre que tiene todo el aparataje cultural, económico y simbólico a su favor. Cuando se habla de «violencia cruzada», se invisibiliza que la relación de poder no es simétrica. La equivalencia es una forma específica de justificación dentro del protocolo patriarcal del silenciamiento.

El abuso como fenómeno político

El abuso es un fenómeno político, no individual. Puede expresarse mediante violencia explícita, pero no se reduce a ella. Los hombres no abusan porque sean hombres. Las personas ejercemos abuso porque estamos entrenadas en formas abusivas de ser para poder resguardar un territorio político identitario que sostiene un orden social, cultural, vertical. El abuso es una forma de sostener estas relaciones de poder desiguales. Entender esto como algo político no le quita a nadie la responsabilidad de lo que hace.

Nadie está por fuera de esto. También formamos parte de la constitución de estas identidades y de este tipo de relaciones. Que yo sea psicólogo y me vea como hombre puede ser un lugar amenazante para un hombre que ejerce abuso. No es necesariamente un lugar donde el hombre va a decir «qué bueno, porque esta persona me va a ayudar a honrar más las relaciones que quiero honrar». Va a pensar que lo voy a patologizar, que lo voy a querer controlar, que le voy a decir qué hacer.

Cuando yo tenía veintitantos años y trabajaba en esto, vivía cosas que ya no vivo. Era como el «pendejo». Me decían: «este pendejo de mierda, este niño, este hombre joven que no tiene idea de nada de la vida, me viene a mí a enseñar cómo ser papá». En Chile «pendejo» se le dice a los niños, a la gente joven,

incluso a veces cariñosamente. También se puede usar para infantilizar, adultocéntricamente, descalificadoramente, pero no como en México donde es un insulto fuerte.

Sé que la gran mayoría de los hombres heterocis sabemos de este tema por nuestra propia vida, porque hemos sido entrenados en la masculinidad. Ser entrenado en la masculinidad es ser entrenado en la violencia, es ser entrenado en el control, es ser entrenado en la ética de quien la tiene más grande, de quien puede mejor, de quien se arriesga más, de quien se lanza de la roca más alta al mar, de quien anda más rápido en moto.

También sé que los cuerpos femeninos, más allá incluso de si son cisgénero o heterosexuales, y los cuerpos disidentes, los cuerpos de quienes no se identifican ni como hombres ni como mujeres, suelen tener una experiencia de vida mucho más expuesta a la violencia y al abuso. Prácticamente todas las mujeres amigas que tengo han vivido diversos tipos de violencia abusiva. Y la viven continuamente, no como un evento único, sino que al salir a la calle, al pensar en el trabajo, en una fiesta, permanentemente se ven expuestas a esto.

El abuso y la violencia abusiva son fenómenos políticos que se constituyen y toman forma en relaciones de cuerpos que necesitan confirmar, construir o reafirmar una cierta identidad, en este caso una identidad de género, pero no solo de género: también de color de piel, de estatus socioeconómico, de estatus educacional formal. Para sostener el privilegio o la ventaja de unos cuerpos sobre otros en base a estas nociones identitarias que vamos a entender como ficciones políticas, no como verdades ontológicas, no como verdades del ser, sino como ficciones políticas, como historias que agarramos y las hacemos nuestras y las vivimos como si fuéramos eso que nos estamos contando: hombre blanco, mujer, adulto, profesional, PhD.

Imbricación de opresiones

Trabajo con el concepto de imbricación de opresiones, una propuesta teórica y política con raíces más antiguas que el término interseccionalidad. Viene de los años setenta, del feminismo negro e identitario en Estados Unidos, de las

activistas que fundaron el Combahee River Collective, como Barbara Smith, Beverly Smith y Demita Frazier, que mostraron cómo las opresiones de raza, sexo, clase y género operan al mismo tiempo y eslabonadas unas con otras. Después, académicas del feminismo negro como Patricia Hill Collins robustecieron y ampliaron ese marco y lo volvieron una herramienta para entender las desigualdades estructurales. La interseccionalidad no es un problema para mí, no estoy en contra del concepto de interseccionalidad. Aclaro eso. Es de Kimberlé Crenshaw, también una mujer feminista negra, abogada, que propone el concepto de interseccionalidad para poder llevar un juicio en el que una mujer estaba siendo discriminada del trabajo, no por ser mujer ni por ser negra, sino por ser mujer negra.

Pero el problema de la interseccionalidad, hablo de la interseccionalidad así como se entiende en el cotidiano, tiene algunos peligros. Uno de los que a mí más me interesa es que asume la ontología de estas identidades, no las cuestiona críticamente. Se ocupa mucho en políticas públicas para hacer los «checks» de las universidades. Tenemos personas racializadas, tenemos mujeres, tenemos personas leídas como latinas. Pero no hay un involucramiento en la complejidad de que estas no son verdades ontológicas que se intercrucen, que se interseccionan, sino que son construcciones identitarias que están imbricadas, que se necesitan unas de otras para construirse y que son el sostén de la construcción binaria de identidades que sostiene el privilegio del sistema patriarcal, colonial y neoliberal.

Me interesa pensar en imbricación de opresiones y en cómo y para qué se construye o se inventa, en este caso, la masculinidad como ficción política. Para mí es redundante decir «masculinidad hegemónica» y para mí es peligroso pensar en términos de «nuevas masculinidades». Comparto y participo y trabajo directa o indirectamente con grupos de hombres que se autodenominan como grupos que están buscando nuevas masculinidades o que trabajan en esa área, no tengo una crítica en relación a eso. Quiero que se entienda bien cuando yo critico conceptos. No es que yo diga «ah, no, tú trabajas con nuevas masculinidades, creo que eso es un error, yo no voy a trabajar contigo».

Me interesa todo el trabajo crítico que se pueda estar haciendo. Pero me parece importante tener cierta claridad conceptual crítica.

La masculinidad es en sí misma una construcción para la soberanía de los cuerpos. Sobre por qué no puede ser «nueva» volveré al final del capítulo, cuando proponga las contraficciones masculinas. El problema es la masculinidad. Y no tiene que ver con nuestros cuerpos, sino que se le asigna a cuerpos que nacen con un pene de un centímetro o un centímetro y medio. Se le asigna visualmente, por estética, porque nadie te hace un test de hormonas ni de cromosomas ni nada de eso cuando uno nace. Te miran y te dicen, a veces incluso antes de nacer, «es un niño» o «es una niña». Punto. Y ahí comienza un entrenamiento intensivo para calzar con el género asignado. Y no hay cómo no participar de esto.

La masculinidad como entrenamiento

TRIUNFO: De las palabras más feas, peligrosas y patriarcales que usamos para describir valor.
(ÍLG)

Un hombre es una persona que nace como un cuerpo asignado primero como humano al que muy pronto se le asigna un género, muchas veces incluso antes de nacer (y muy pronto también se le asignan otras categorías como la nacionalidad). Entonces el mundo lo empieza a tratar como ese género desde el régimen de los sentidos, desde la estética. Se le habla distinto, se le trata distinto, se le ofrecen juguetes distintos, se le habla con tonos diferentes a un niño que a una niña. De ahí empieza un entrenamiento a fuerza de lo que significa ser hombre y ser mujer y todo lo que pueda haber entre medio de esas dos categorías de género.

Parte del entrenamiento de ser tratada como mujer implica creerse el cuento, la ficción, la narrativa o la historia de lo sumiso en oposición a lo dominante, de lo débil o frágil en oposición a lo fuerte, de lo artístico en

oposición a lo científico, del tejido en oposición al laboratorio, del cuidado en oposición a lo productivo. El cuidado, lo artístico, el tejido por supuesto que no son cosas negativas, pero se definen como parte de la naturaleza de lo que es ser mujer y no inocentemente estructuran áreas que tienen que ver con los que inventamos, hacemos, creamos, modificamos, tenemos palabra, voz, decisión, versus las que cuidan, las que producen cosas de lo bonito, arte, que culturalmente se le asigna menos valor también. Por eso no se paga, por eso es un trabajo no remunerado, porque no tiene el valor que tiene el otro que sí es trabajo.

La complejidad es mayor. No te constituye, no nos constituye como cuerpos la biología o los genitales o la estética solamente. Pero eso sí constituye gran parte de nuestra experiencia, porque el mundo nos empieza a tratar como nos ve, y al tratarnos como nos ve, si nos ve como hombres, nos va a tratar como hombres y nos construye como hombres. Nosotros empezamos a entender que somos hombres y tratamos de hacer acciones para confirmar esa masculinidad, para que el mundo no deje de tratarnos de formas respetuosas de lo que se supone que somos. Eso es lo que Judith Butler llama *performar*. El género es *performativo*: «lo que consideramos una esencia interna del género se construye a través de un conjunto sostenido de actos, postulados por medio de la estilización del cuerpo basada en el género» (Butler, 2007, pp. 17-18).

Nos empiezan a tratar desde chiquititos de una cierta manera. Si nos ven como niños, nos tratan como niños y nos preguntan cosas de niños y nos ofrecen pelotas y nos ofrecen autitos. Si nos ven como niñas, los adultos nos empiezan a tratar como niñas. Eso nos pasa a todos. A mí también me pasa y eso es lo potente de estas ficciones políticas. Ninguna de nosotras ni ninguno de nosotros está por fuera de eso. Vivimos en el entrenamiento de la estética, y digo estética como un régimen de los sentidos, siguiendo a Paul B. Preciado, no como una estética simplemente de lo que se ve por fuera, no como la cosmética. Es la estética como régimen de los sentidos. Cómo eso que se ve de una forma me hace significar la vida y el mundo de una cierta manera y por lo

tanto responder al mundo desde un cierto lugar y de ciertas formas y con ciertas respuestas particulares.

Yo veo una niñita y probablemente no le ofrezco una pelota de fútbol porque soy prejuicioso, porque estoy bien entrenado en el patriarcado, porque estoy bien entrenado en el régimen sexo-genérico. Si veo una mujer adulta que me habla de su pareja, y cada vez menos quizás ya, pero por muchos años en mi vida antes de que las personas de la comunidad cuir o disidente o LGTBI me enseñaran muchas cosas, yo me imaginaba que su pareja era Felipe, no Rosa, hasta que me decía «entonces Rosa vino» y yo «oh, porque yo estaba pensando que era Felipe, porque asumí eso». Tenemos este entrenamiento.

Yo me presento en los talleres hace un par de años ya como principalmente un hombre misógino, racista, clasista, aporofóbico. No porque me sienta orgulloso de eso, no porque lo sea tampoco, sino porque para mí es importante en este trabajo asumir que no estamos por fuera de la cultura dominante. Somos parte de la cultura dominante y esto es fundamental para el trabajo con quienes ejercen abuso.

Sé que estoy mucho más entrenado y que tengo muchos más espacios día a día para ser entrenado en la misoginia, en la transfobia, en la aporofobia, que en formas respetuosas, disidentes de vivir y de relacionarme. Yo, para hacer este trabajo, necesito reconocer eso.

Alan Jenkins (2009) hablaba de que esto es un viaje en paralelo. No somos los buenos y los malos, no somos los que no maltratamos, los éticos, trabajando con monstruos antiéticos. Jenkins lo formula así: «el desarrollo más significativo en la teoría y la práctica invitacionales es el énfasis en el viaje en paralelo del trabajador hacia volverse ético»⁷ (Jenkins, 2009; traducción propia). Somos parte de la misma sociedad, participamos permanentemente en la construcción de los discursos que tienen a los hombres con los que trabajamos abusando y ejerciendo una masculinidad muy bien ejercida.

La importancia de la imaginación terapéutica

La imaginación terapéutica es la capacidad de quien trabaja en terapia de poder ver, en una persona que está negando todo, minimizando todo, justificando todo, la posibilidad de una grieta. Y al mismo tiempo, la capacidad de no confundir esa imaginación con ingenuidad.

Nuestra imaginación no es nuestra, o sea, es nuestra, pero no del todo. Es nuestra, pero no es libre necesariamente. Nuestra imaginación está moldeada, está reclutada por la estética petrosexorracial, diría Paul B. Preciado, o patriarcal, neoliberal, sexogenérica, colonial. Mucho de esto viene de discursos que proponen la psiquiatría y la psicología. Las psicologías normativas alimentan mucho del trabajo de una serie de personas con diversas profesiones asociadas a aquello que se llama «salud mental» y que patologizan o representan, pintan a las personas como anormales, disfuncionales, peligrosas, enfermas.

Recuerdo una ocasión en que una colega feminista, que se estaba entrenando en terapia narrativa, que abrazaba el feminismo, que además había tenido que responder en su propia vida al abuso y la violencia y que le interesaba mucho el trabajo con hombres que ejercen abuso, contó en un espacio de trabajo: «puse en su lugar a este papá maltratador, lo puse en su lugar. Ya le dije que lo que estaba haciendo no era de un buen padre y que era un hombre abusivo y que tenía que cambiar sus formas de ser si quería que sus hijos lo quisieran y lo respetaran».

Yo sé que ella hizo esto con muy buena intención y yo quiero pensar que la buena intención siempre está presente. Si es que alguien tiene mala intención en el trabajo que hacemos, ya es otro tema, no me gusta mucho la justicia punitiva, pero quizás pensar en quitarle el título y que se dedique a otra cosa, a escribir películas de terror, porque en este trabajo alguien con malas intenciones no está bien en ninguna cosa de la vida, pero menos en este trabajo.

Las buenas intenciones están, pero no bastan, tienen que nutrirse de comprensiones que las honren y que se sostengan éticamente.

Un poco desesperado, tampoco respondiendo tan bien como me gustaría, y sin poder contar que le hice una pregunta súper respetuosa o que fui súper inteligente, porque no fue el caso, le dije: «¿y qué pasó con él?».

«Bueno, se fue. Me dijo ‘ustedes los psicólogos son todos iguales, son una tropa de feminazis o algo así’. Pero a mí eso no me interesa, no me afecta».

Yo le dije: «¿Crees tú que esta intervención que tú hiciste pone más a salvo a sus hijos o los pone más en riesgo? ¿Aseguraste con tu trabajo que los hijos de este hombre estén más a salvo o no?». Mientras se lo decía, pensaba «esto lo estoy diciendo un poco desde mi impotencia, desde mi rabia y no estoy animando una conversación crítica». Pero tuve suerte porque ella me dijo «wow, hablemos de esto». Después tuvimos una conversación muy linda en relación a esto.

La base de nuestro trabajo es que nuestro impacto haga que las personas que están viviendo el abuso estén más a salvo o seguras de lo que están. Ojalá completamente a salvo. Sabemos que eso no está en nuestras manos, porque hay instituciones que funcionan horrible y eso también sería un tema largo que conversar. Pero dentro de nuestras posibilidades y de lo que podemos hacer, necesitamos asegurar lo más posible que nuestro trabajo tenga ese impacto.

Si yo me paro en el territorio de que un hombre es un violento, un energúmeno, un monstruo, un enfermo mental, si me paro en la patologización, en la totalización, lo más posible es que yo me involucre en acciones que dejen más disponibles esas conclusiones de identidad. Así como nos vamos construyendo hombres porque al niño yo le ofrezco una pelota y un auto, si yo trato al hombre confirmando su identidad como hombre abusador, dejo más disponible para él esa conclusión de identidad abusadora. La frustración de ese hombre no la voy a vivir yo. La van a vivir sus hijos. Que a mí no me importe no hace que sus hijos estén más seguros.

Lo que no saben quienes me ven trabajar o enseñando es que fracaso a cada rato. Fracaso en mis relaciones interpersonales, fracaso conmigo mismo, fracaso en mis miedos y mis fantasmas, fracaso en las imágenes que me hago de

los hombres con los que trabajo. A veces estoy fracasando permanentemente. Trabajamos desde la imperfección y el fracaso. Nos paramos en el fracaso a trabajar. Asumiendo ese fracaso puedo abrazar la esperanza de poder tener arte y parte o agencia política en lo que voy decidiendo hacer en el trabajo. De otra forma no podría. Si me represento a mí como una persona que está por fuera del patriarcado, entonces voy a estar condenando a quienes ejercen abuso como hombres que están dentro del patriarcado y que son enfermos y que son psicópatas y que son narcisos y que no hay nada que hacer con ellos.

Alan Jenkins (2009) dice que no podemos pedirle a los hombres que se interesen por otras personas si ellos no ven que nosotros nos interesamos genuinamente por ellos. Eso no significa justificar sus acciones. Significa que el interés genuino por la vida de la persona, por cómo llegó a ser quien está siendo, es la condición de posibilidad para que después podamos invitarlo a mirar los efectos de lo que ha hecho en otras personas.

27. La historia de Juan

Yo estaba trabajando con Juan por otros motivos, hacía poco tiempo. Un día llega muy agitado a la consulta. Entra, pone la silla muy cerca mío, casi no me saluda y me empieza a hablar: «tuve una discusión con mi pareja muy fuerte y te quiero contar. Estábamos discutiendo con mucha fuerza y todo empezó a escalar, se puso cada vez todo más feo, fue escalando, fue escalando. De repente yo estaba muy indignado, con mucha impotencia, muy enojado. Ella simplemente no quería entender, no quería entender, no quería entender».

En ese momento yo estoy escuchando, no sé bien lo que me está contando, no sé hacia dónde va a llegar, no sé hasta dónde va a ir este tema, dónde va a concluir la historia. Yo un poco angustiado en realidad. O sea, también como terapeuta con cara de que está todo bien y que yo voy a ayudar a Juan en lo que sea, pero en realidad estaba diciendo «¿por qué estoy aquí? ¿Por qué estoy